francesa, este atentado internacional, llamaron la atención al mundo por la serenidad y constancia de nuestro gobierno, por el patriotismo y las acciones heróicas de nuestro Pueblo, y sobre todo, por la ruidosa conclusión de la guerra en Querétaro y el cerro de las Campanas.

En el parte del General Zaragoza, se advierte el tino con que dice que el General en Jefe del Ejército francés estuvo torpe en el ataque, lo que revelaba desde luego que el Ejército de Napoleón III no contaba con los generales de Napoleón I, aquellos de mirada de águila, y ésto se puso en evidencia en la guerra con los Prusianos. Todos vieron lo que había visto años antes el General Mexicano en el campo de batalla.

CAPITULO IV.

HASTA LA RENDICIÓN DE PUEBLA.

LA victoria del 5 de Mayo, contuvo al Ejército invasor, sin comprometer otra acción por todo un año. El gobierno francés se vió obligado á enviar un grande ejército para hacer á Puebla todos los honores de una plaza fuerte, emprendiendo contra ella un sitio con todas las reglas militares.

Nuestro ejército se fortificó en esta plaza, habiéndose pasado á sus filas muchos de los que militaban en el partido reaccionario, deponiendo en aras de la patria sus afecciones de partido, y alistándose á luchar contra el invasor extranjero.

Hubo tiempo de celebrar el primer aniversario del 5 de Mayo, sin que los franceses hubiesen tomado Puebla.

En este Estado, dicho aniversario fué celebrado dignamente no obstante las dificultades en que la guerra tenía colocado al Gobierno de entónces, contra quien se pronunciaron los conservadores y se pusieron en armas con tal obstinación, que hasta solicitaron el auxilio de la intervención extranjera para triunfar, y después reconocieron el imperio.

En celebridad del aniversario del 5 de Mayo pronunciaron elocuentes discursos el Sr. Lic. Joaquín Patrón, el Sr. Serapio Baqueiro, el Sr. Pantaleón Barrera y el Sr. Genaro González. (*) También el que suscribe estas líneas pronunció un discurso, que voy á copiar en seguida, como muestra débil de lo que entonces se dijo, en la tribuna. Asímismo, leyeron valientes poesías el Sr. Coronel Luis Gutiérrez, Sr. José Peón Contreras y la inspirada poetiza Srita. Gertrudis Tenorio Zavala.

Este es el discurso:

"MEXICANOS:—Hoy hace un año que las bayonetas mexicanas escribieron con sangre francesa la primera página de los hechos inmortales de la Nación: que el hermoso pabellón con que nos cubre, quedó velado con la aureola de la gloria en el campo del honor: que el águila de la libertad demostró al mundo una vez más, la fuerza de su irresistible poder. Hoy hace un año que los veteranos de Napoleón III, los descendientes de los que

(*) Después todos estos Sres. sirvieron al Imperio.

hicieron temblar al mundo con el estruendo de sus triunfos, vieron opacarse el astro de su gloria ante el primer baluarte de la humilde Puebla. Hoy hace un año en fin, que el mismo Sol que nos alumbra, selló con sus ardientes rayos, en el libro inmortal de la vida del General Zaragoza, la victoria del 5 de Mayo.

¡ Patria querida ! yo te saludo: porque tu águila republicana se ha alzado sobre las águilas imperiales, y porque el cañón de Puebla ha tronado más que el cañón de los Inválidos de París.

El 5 de Mayo de 1862, ha brillado para las Repúblicas americanas la aurora de días gloriosos: porque la nación mexicana, la amazona acariciada por el Atlántico y el Pacífico, que Napoleón III soñara despojar de su manto de oro, conquista desde entonces con el valor de sus hijos, la corona de la libertad, cuyos lazos divinos unen á nuestro gran Continente y hacen de él una sola familia, desde la bahía de Hudsón hasta el Cabo de Hornos.

Y esta defensa que los mexicanos hacen de su nacionalidad, no es favorecida por gruesas fortalezas. La misma Puebla, que ha sido llamada la Sebastopol americana, solo puede llevar ese nombre, por la circunstancia de que, de ciudad abierta y desmantelada, se ha tornado en muro formidable, con los pechos de los ciudadanos libres que la defienden.

No vengo á discutir la justicia con que México se defiende: todo el mundo se ha ocupado de ésto y no hay quien ignore la verdad. Hoy es día en que la Tribuna mexicana, con su lenguaje divino, hable de sus valientes

hijos: es día que con grandes emociones renueve y aumente, si fuere posible, su inimitable heroismo. Hoy es día que el soldado mexicano, se convierta en orador para hablar de sus glorias, pues como dice la prensa extranjera: «en México se hace la guerra y se discute al mismo tiempo.»

Mexicanos: Y ahora que las naciones todas contemplan ávidamente á la República, conocerán que de un sólo paso, que por un movimiento mágico, ha recorrido todas las épocas gloriosas que se registran en los anales de la Historia. Los Generales Mexicanos, los ciudadanos Generales, por un instinto misterioso, siguen la senda que caminaron los célebres guerreros en sus brillantes días. El General en Jefe del Ejército de Oriente, ha dicho: si los franceses toman Puebla, hallarán las cenizas de los que mueran; primero que ser vencidos, pasarán sobre ellos para ir á México, y presiento quienes han de ser esos. Y ésto que ha dicho el General González Ortega, llegado el caso, lo cumplirán los mexicanos; así como los compañeros de Leonidas concurrieron todos á la cita que les hizo para el Palacio de Plutón, en la víspera de la defensa de las Termópilas.

Un poema heróico parece al Mundo lo que pasa en la Nación mexicana, porque lo que en ella se realiza sólo ha sucedido en aquellas edades de gloria. En la Historia Moderna, nada se halla parecido. Estamos en la época de Aníbal, y los mexicanos en Puebla defienden á la divina Sagunto. Los saguntinos, perdida toda esperanza, hicieron una grande hoguera y arrojaron á ella sus riquezas, y ellos mismos se precipitaron. Los que no qui-

sieron perecer con el fuego, se dieron la muerte mútuamente, para no caer en poder del implacable enemigo. Los mexicanos han volado el fuerte de San Javier, pereciendo ellos mismos, con tal que sus enemigos muriesen. Y ese juramento solemne que los defensores de Puebla han hecho, de morir antes que ser vencidos, ha de llenar de terror y de vergüenza á los franceses, el día que creyendo triunfar, solo hallen las cenizas de los mexicanos libres, paseadas por el viento.

Y esa actitud de los mexicanos, que recuerda al mundo sus días más célebres, causa admiración á las naciones extranjeras. La prensa inglesa ha dicho: que es un milagro político, ver á la nación que poco tiempo antes se hallaba moribunda, y á merced de cualquier pretendiente, volver á la vida mágicamente, levantarse compacta, poseida de una sola aspiración, la de su independencia, y oponer resistencia al colosal poder de la Francia. Para nosotros esto nada tiene de milagroso, todo es muy natural: porque si antes la Nación estaba agobiada, ó más bien, lo parecía estar, era porque la libertad no había reinado en nuestro suelo con toda plenitud; y precisamente en los momentos en que ésta acababa de cimentar su trono en toda la República, la Francia viene con la pretensión de privarla de ella. Y, ¿qué pueblo, qué nación después de ganar la libertad á costa de tantos sacrificios, no se levanta y lucha para conservarla, aunque fuera solo para que disfrute de ella el último de sus ciudadanos? Todos los esfuerzos que hace actualmente la muy heroica y desgraciada nación Polaca, los que ha hecho la esforzada Hungría, que parece una jo-

ven princesa uncida al carro del estúpido y envejecido poder del Austria, los contínuos sacrificios de la Italia, cuyo hermoso cielo debe ser el templo en que habiten fraternalmente enlazadas la Libertad y la Poesía, como en otro tiempo lo fuera Grecia: todo esto, ¿no dice en alta voz, que la Libertad y la Independencia, son preferibles á la vida?

Esto es lo que México hace con la conciencia de que su causa es justa; y cuando un hombre ó un pueblo pelea por la justicia, sus hechos llegan al heroismo y se persuade que si muere en la demanda, le han de arrebatar para llevarle al cielo. Esta virtud se revela de un modo grandioso en el carácter español, particularmente en aquellos siglos en que la nación española marchaba al frente de las naciones europeas. Esto significa aquel grito espantoso de libertad dado en las montañas asturianas, que alarmó el poder musulmán; el desprendimiento semi-bárbaro y semi-divino del defensor de Tarifa.

Mexicanos: en nuestra cuestión de Independencia y Libertad debemos ver algo más de divino que de material. La justicia debe presentarse á nuestros ojos, poéticamente coronada por las virtudes cívicas de nuestros héroes, para que con ésto el corazón se inflame y nuestros hechos sean maravillosos. Así seguirémos el ejemplo de los franceses de la primera República que coronaron la derrota alcanzada de los invasores austriacos, haciendo escuchar al mundo cuarenta mil cañonazos.

Ya están dados los primeros pasos en el camino del honor. El 5 de Mayo los valientes mexicanos hirieron por las espaldas á los hijos de los soldados que pa-

searon sus armas triunfadoras desde los hielos de Rusia hasta el estrecho de Gibraltar.

¡Oh santa Libertad! ya que han llegado los tiempos en que derrumbes con tu espléndido vuelo el cetro de los tiranos, inspira á los hijos de México para que venzan al traidor más grande de tu augusto nombre.

Los mexicanos antes de emprender la guerra sabían que iban á ser vencidos por el inmenso poder del invasor; pero no temen pelear: antes bien, juran morir primero que dejarse vencer: prefieren que sus cenizas sean libres, antes que ser ellos esclavos; y el resultado de esta decisión, viene enseñando á las naciones la máxima de que, no vencen los muchos, sino los valientes.

Mexicanos: no haya pues medio; victoria ó muerte, que en cualquiera de estos dos casos, la gloria será siempre para México y el oprobio para Francia.»

Vino después la ocupación de Puebla, tomada, no por asalto, sino porque se rindió á discreción. De sus defensores unos fueron deportados á Francia, otros quedaron prisioneros en el país; pero los más se escaparon para continuar la lucha.

El Gobierno nacional evacuó México, llevando incólume el pabellón de la República, á cuyo amparo los patriotas siguieron el camino que recorrió en su gloriosa peregrinación hasta Paso del Norte el Presidente Juarez.

Los franceses ocuparon México y se verificó la farza llamada «Asamblea de notables,» la que declaró que convenía á la Nación la forma monárquica para su Gobierno, estableciéndose en consecuencia, el Imperio presidido por el desgraciado Maximiliano.

Establecido el Imperio en esta Península, se creyó por un momento que esta forma de gobierno era la más adecuada al carácter de nuestro país y que en él echaría profundas raíces. De aquí fué que un orador dijese: «se acabó, ya no hay República! Y tantas constituciones tan magníficamente redactadas, coloquémoslas en una urna y las llaves de ésta sobre el altar de Dios.»

En efecto, el Imperio de este Estado acabó con la República, dejó de ser Estado de Yucatán, se suprimió su Constitución política, y el Comisario imperial gobernaba discrecionalmente, sin Constitución y sin más ley que su voluntad.

En la administración de justicia se avocaba causas en curso y las resolvía á su antojo. La prensa estaba amordazada. Los empleados debían ser obedientes servidores, y si querían hacer cualquiera observación, iban á la cárcel. El Ayuntamiento de esta Ciudad pretendió ser independiente, y en masa fué á la cárcel. El dinero lo derrochaba en fiestas, tertulias y banquetes, en un pozo artesiano que no dió resultado, y en una desgraciada expedición contra los indios bárbaros, dirigida desde el Palacio del Comisario imperial, que no creía en dicha guerra. Nada dejó de interés público.

Sin embargo, no ha faltado quien diga en letras de molde, que el Imperio no se sintió en esta Península, más que por sus beneficios. Se le podría contestar, que cada uno habla de la feria, según le fué en ella.

Como yo no trato de escribir la historia del Imperio, no me detengo más en sus hechos, y paso á mi asunto directamente.

CAPITULO V.

PRINCIPIA LA LUCHA CONTRA EL IMPERIO.

ENTRETANTO la guerra se sostenía en la costa de sotavento en el Estado de Veracruz, siendo el Jefe de las fuerzas que militaban por aquel rumbo el patriota General Alejandro García, se sostenía en Michoacán, en Oaxaca, en Guerrero, en Tamaulipas y en la Frontera del Norte, donde se hallaba el centro del Gobierno de la República, cuyo Gobierno hubo de llegar hasta Paso del Norte.

Aquí, en Yucatán, también la guerra no tardó en encenderse en los pueblos de la costa, por iniciativa del Coronel Buenaventura Martínez. Sus fuerzas se aumentaron con una parte de la guarnición de Mérida, que se sublevó en el camino de la villa de Hunucmá á donde iba de paso para una expedición á Tabasco. Ya con este refuerzo las guerrillas del Coronel Martínez, formaron un pequeño cuerpo regular, y de la costa se dirigió al Sur del Estado hasta llegar á la hacienda «Yaxkukul,» en la que se atrincheró y esperó ser batido por el Coronel español, imperialista, Carlos Moreno, que lo perseguía. Este no tardó en presentarse con sus fuerzas, y fué derrotado por completo por las del Coronel Martínez.

La prensa no permanecía tampoco desocupada en manos de los republicanos, sin embargo de las dificultades que había para dar á luz un periódico; pues se tenía

que pedir permiso por escrito á la autoridad, y á la primera falta recibía una amonestación, á la segunda, le imponían una multa, y á la tercera, el periódico era suprimido del estadío de la prensa. A pesar de ésto, D. Eligio Ancona, que era dueño de una imprenta, empezó á publicar un periódico satírico, en defensa de la República y contrariando el Imperio, con el título de «La Píldora.» Varias personas colaboraban en este periódico y yo entre ellas, aunque sin dar mi nombre, porque entonces dirigía un colegio, y se hubiera visto mal que escribiese en un periódico que se ocupaba de política, sobre todo, defendiendo la República, cuando las familias de casi todos los alumnos del Colegio, si no eran imperialistas, simpatizaban con el Imperio.

« La Píldora » recibió su primera amonestación, después la segunda, con la multa respectiva, y se dió la coincidencia, de que en el número en que escribí un artículo denominado, «*La Democracia en ambos Mundos,*» fué suprimida del estadío de la prensa, sin haber hecho otra cosa que procurar defender con buenas razones la causa republicana, pero sin faltar á nada. ¡Pero así se dice que el Imperio no se hizo sentir en este Estado!

Por la supresión de «La Píldora,» pedí permiso á la Prefectura política de esta Ciudad, para publicar otro periódico que se llamaría «Yucatán.» Formaron la Redacción de éste los Sres. Eligio Ancona, Gabriel Aznar, Olegario Molina y el que ésto escribe. El primer número debía ser redactado por D. Eligio Ancona y por mí, y el segundo, por los Sres. Aznar y Molina, conforme al acuerdo que tomamos. Así fué en efecto, habien-

do visto la luz pública el primer número el día 7 de Setiembre de 1866. La noche de este mismo día, cruzando la plaza de armas el Sr. Ancona, para dirigirse al Teatro, donde una compañía dramática iba á representar el conocido drama «Las riendas del Gobierno,» lo aprehendieron y llevaron á la cárcel pública, como reo de delito político.

Estando en la representación del segundo acto, de dicho drama, fuí aprehendido y llevado también á la cárcel, por una escolta armada de soldados, que no me permitió ni pasar por mi casa á dar aviso. En la cárcel supe la prisión del Sr. Ancona.

Pasé la noche sin poder conciliar el sueño, porque había actividad y ruido inusitados en la cárcel, á consecuencia de que entraban y salían gentes, hablaban mucho, se abrían y cerraban puertas, durando esta actividad hasta las 5 de la mañana. Mientras tanto, nuestro compañero de Redacción, Aznar, según supimos después, dió pasos para ver si nos sacaba de la prisión, y no habiéndolo conseguido, pretendió que también fuera preso, alegando que debía seguir nuestra suerte, puesto que era nuestro co-redactor y tenía el mismo compromiso que nosotros con el público; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Al fin supo que había la resolución de sacarnos desterrados, y entonces se propuso proporcionarnos recursos pecuniarios y cartas de recomendación para diferentes puntos, porque nadie sabía á donde seríamos conducidos.

El Imperio procedía de esta manera contra nosotros, más por el despecho que le causaba el habernos mos-

trado rehacios á servirlo, que por el mal positivo que le habíamos producido con nuestros hechos. Le dolía que después de habernos halagado por cuantos medios pudo, siempre fuésemos republicanos. Nos convidó á sus fiestas y tertulias, y nunca asistimos. A mí me invitó para ser Juez de 1ª Instancia de Izamal y no acepté. Después me ofreció la misma colocación en Mérida y la rechacé. Me nombró Redactor de una Gaceta de Tribunales y dí las gracias, no habiendo trabajado nada en ella.

A las seis de la mañana del día ocho de Setiembre fuimos sacados de la cárcel pública y ocupamos unos carruajes situados frente á la puerta del edificio. Los carruajes estaban custodiados por dos hileras de caballería. Ya en éstos, emprendimos viaje, conducidos desde luego, al camino del puerto de Sisal y con dirección á éste. Llegamos al Puerto á las tres de la tarde. En la edad que yo tenía, aquello me parecía un paseo triunfal, aunque por otra parte me afectaba profundamente dajar sola á mi esposa estando recién casados.

Con nosotros fueron expulsos los Sres. Lic. Cayetano Gómez y Pérez, que ha sido Ministro de Gobernación y hoy es Magistrado del Tribunal Superior del Distrito; el Dr. José Antonio Gamboa, que ha sido Administrador de la Aduana marítima de Veracruz y hoy es Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Así mismo lo fueron once personas más del interior de la República. Todos éstos habían sido confinados de México á Mérida, y de esta ciudad salían de nuevo desterrados sin saber para donde, porque á nadie se le decía, por el único crimen de ser adictos á la República.

En Sisal permanecimos pocos momentos. En seguida nos hicieron embarcar en un pailebot de guerra, pequeño, llamado «Campeche,» que literalmente quedó ocupado con los que íbamos desterrados y la tropa que nos custodiaba. El Jefe de esta tropa fué D. Miguel Cicero, acompañado del Celador del Resguardo marítimo, D. Manuel Elías Correa. El Capitán del «Campeche» se llamaba D. Antonio Gallol, quien pereció en Tekax, en el año de 1869, fusilado por haber caido prisionero de guerra de las bandas rebeldes del Coronel J. Antonio Muñoz. Paz á sus restos, de buena voluntad, porque este hombre se condujo como un caballero con nosotros durante la navegación. Si hubiera podido hacer algo en su favor cuando fué sacrificado, con gusto le hubiera librado del cadalso; pero no lo supe sino después, cuando se publicó la lista de los fusilados en el Periódico Oficial.

CAPITULO VI.

EL DESTIERRO.

INSTALADOS en el «Campeche,» surto frente á Sisal, supimos que no nos conducían á ningún país extranjero, sino á la Isla de Cozumel.

A la voz del Capitán las velas del barco empezaron á desenvolverse. Tal parecía el ave que extiende sus alas para volar. La nave comenzó á moverse, recogió sus anclas, sus velas tomaron viento, hizo rumbo y principió la navegación. El viento era brisa fuerte, de modo

que no lo llevábamos en popa, sino que el «Campeche» tenía que navegar haciendo bordadas. Pronto la vista del puerto fué disminuyendo. Sus casas se hicieron pequeñas y pegadas al cielo, sus árboles se veían como plumeros, y después todo desapareció. Volvimos la vista por otro lado y nos encontramos con el sol, que se asemejaba á un globo de fuego suspendido entre nubes. Con rapidez vertiginosa se iba sumergiendo entre las aguas del mar, materialmente así se veía, y tal como si fuera un sér viviente, creíamos que se despedía y que corrían lágrimas por sus mejillas al sumergírse por completo, dejando en pos de sí una estela de nubes de inimitables formas y colores, hasta que la noche echó su negro manto sobre la tierra.

El día concluyó, dejándonos en la inmensidad de los mares, entregada nuestra vida al amparo de un pobre y envejecido leño, el «Campeche,» mientras nuestro cerebro bogaba en otro Océano de dudas y cavilaciones, pensando, ¿por qué nos trataban de aquella manera, por solo haber defendido, en términos racionales, la República, á cuya sombra habíamos nacido? ¿Estábamos acaso en Rusia, de la cual salen á cada momento centenares de deportados á los hielos de la Siberia, que mueren en el camino maltratados por los conductores, y si no en las soledades glaciales de su destino, por el sólo delito de pensar y dejar entreveer que se piensa y que se puede hacer algo por la libertad, cuando á las aves nadie les toma cuenta por pasearse por los aires é ir y venir á donde les place, á su libre albedrío, puesto que la libertad es natural?

Así discurríamos, cuando el sueño cerró nuestros párpados y nos dormimos sobre la dura tabla de la cubierta del barco.

A la mañana siguiente vimos aparecer el sol por Oriente entre su cortejo de nubes blancas, como copos de nieve, disipando las tinieblas de la noche y empujando á las nubes con el soplo del viento suave que rizaba las olas del mar, alejándose presurosas cual si huyeran de los resplandores del astro del día. El barco se movía perezosamente á los vaivenes de la brisa matinal, y las velas poco enchidas de viento, azotaban los palos, como si fuera un ave plegando sus alas con fuerza. Las *toninas* y las *mantas* eran los séres vivientes que interrumpían la monotonía de las aguas. Por lo demás, no se presentaba á nuestra vista sino el inmenso cristal movible de las aguas del mar sin horizonte y sin fin.

El tiempo era de calmas y el barco no se podía llamar velero, por cuya razón íbamos fastidiadísimos y sin ninguna comodidad, porque llenábamos el hueco del «Campeche.» Vivíamos sobre cubierta, defendiéndonos de los rayos abrazadores del sol, bajo la toldilla que hacía poner el Capitán Gallol. De noche, dormíamos á la intemperie, sobre las tablas de la cubierta de la embarcación. La comida que nos servían no era tan mala en aquellas circunstancias.

Por manera que la navegación fué monótona, pesada y lenta, pues tardamos 19 días para ponernos de Sisal á Cozumel, en términos que hubo momentos que pensamos nos habían mandado á morirnos de fastidio, ó al furor de algún norte que no tardaría en soplar; mas

no sucedió ésto porque arribamos sanos y salvos á Cozumel.

Ningún punto de la costa tocamos, ni vimos tierra, hasta que doblamos el Cabo Catoche. Así es que, cuando divisamos á lo léjos Isla Mujeres, nos figuramos ver una blanca sirena recostada sobre el mar con su cabellera de esmalte verde. De cerca nos produjo una agradable impresión. Desde abordo es muy pintoresca con su magnífica bahía, sus espléndidos cocales y sus grandes peñascos por el lado del Norte, que la naturaleza le puso de muralla, para defenderla del furor de los vientos, que por ese lado son terribles y hacen estrellar las olas contra las rocas en tiempo de nortes, pasándolas á pesar de su elevación y haciendo un ruido tan estruendoso al estrellarse y romperse que crée uno que son cañonazos. A esas rocas les llaman *frailes*.

Creímos que al fondear el buque en el puerto nos permitirían ir ó nos llevarían á tierra; pero grande fué nuestro desengaño al saber después que dió fondo el «Campeche,» que no podíamos ir á la población. Tres días fastidiosos pasamos en el fondeadero de la isla; al tercero sopló viento favorable y nuestros guardianes se dignaron continuar el viaje, rumbo á Cozumel.

De Isla Mujeres á Cozumel el aspecto del mar cambia. Las ligeras y azuladas olas del Golfo, se convierten en gruesas, pesadas y negras en el mar de las Antillas. Parece que tienen más fuerza que las del Golfo. Aquel mar se ve como si fuera más profundo, le cubre un cielo sombrío y siembre está agitado. A lo largo de la costa se divisa una línea de arrecifes, que despiden

copos de blanca espuma, formada por la reventazón de las olas, y que llevan el nombre de *lavanderas*. Son muy peligrosas para las embarcaciones menores que pasan cerca de ellas.

Llegamos á Cozumel en altas horas de la noche, y cuando la luna, con su melancólico brillo, la hacía tomar á nuestra vista fantásticas formas. Por momentos nos parecía una magnífica floresta, rodeada de fuentes y cascadas, á cuya ilusión contribuía el brillo de las olas del mar y la bruma que rodeaba la Isla, cubriéndola como con un manto de transparente gasa. Otras veces, nos parecía una gran población con edificios de caprichosa arquitectura y elevadas torres. Por último, le veíamos la forma de un cementerio de aspecto imponente y poblado de sarcófagos y monumentos construidos al uso de los pueblos antiguos, como las pirámides de Egipto, pertenecientes á la arquitectura de los antiguos mayas, cuyos restos admiró Cortés en su primer viaje á la conquista del Nuevo Mundo.

Así vagaba nuestra imaginación; pero al dar fondo el buque, salimos de nuestros fantásticos sueños para ver la realidad. Cozumel no es más que una isla plana, sin que su terreno tenga montañas, ni sus costas grandes peñascos. Combatida por la confluencia de los dos mares, el Golfo de México y el Mar de las Antillas, se desarrollan en ella vientos fuertes y á veces huracanados, lo que no permite á su vegetación ser elevada. Sus bosques son de poca altura. En cambio la tierra es fértil áun á la orilla del mar, donde no hay arena, sino tierra negra de cultivo.

Hasta que amaneció no se dispuso el desembarque, y antes de que éste se verificase, tuve la fortuna de que se presentase á bordo el Sr. Gregorio Fernández, quien supo me hallaba entre los expulsos, y fué á buscarme, como conocido y amigo, por haberlo servido en la abogacía. Bondadosamente me ofreció y llevó á su casa, y por indicación mía también á D. Eligio Ancona.

CAPITULO VII.

En Cozumel.

La isla de Cozumel puede llamarse como Irlanda: *la esmeralda de los mares*, porque su vegetación es de un verdor constante. Su única población lleva el nombre de San Miguel y es de pocos habitantes: no pasan de 400. En su mayor parte es gente pobre del Oriente del Estado, que pasó á poblar la isla, cuando la sublevación de los indios en 1847. San Miguel está asentada en una caleta al Occidente de la Isla, y dista cuatro leguas de tierra firme. La ocupación habitual de sus habitantes es la agricultura en pequeña escala, sin embargo de lo feraz que es la tierra, porque solo siembran para su consumo. Nada pueden llevar á otra parte por falta de comunicaciones, debida á la peligrosa navegación que hay que hacer para ir á Cozumel. Cuando se vaya por vapor será entonces que tome importancia y se exploten sus terrenos y productos. De la pesca nadie se ocupa, porque el mar es muy profundo. El aspecto del pueblo